

que los frios la maten si se aleja del caliente nido. Despues, el recuerdo de las fiestas del mundo al repaso de la vida febril de la ciudad, estampada en los diarios con el vertiginoso correr de la pluma del periodista, ó con las líneas del grabado en las publicaciones ilustradas. El diario se extiende, se desdobla; allí está, palpitante de encontradas pasiones, ese torbellino social, asolador de toda paz, de todo sosiego, de toda elevación... pero fascinante, embriagador con sus ecos de orgía, con sus notas de triunfo, sus perfumes de gloria, sus grandezas de dominación, sus fastuosidades sibaríticas y sensualizadoras... Allí está extendido diciéndonos á través de sus engañosas sugerencias, que hay un más allá, donde lo convencional tiene corte y súbditos, donde la salud se irrita con el estimulante; donde el placer se disfraza de hastío; donde la alegría se pasa sin la felicidad; donde la virtud se finge con la hipocresía; donde el escándalo se impone con la moda; donde la impudicia se disculpa con la ostentación; y en donde el llanto es de soberbia, las tristezas de envidia, la enfermedad de vicios, y en donde la ambición busca materialismo; el deshonra halla panegiristas; la castidad bufones; las apariencias lisonjas, y en donde todo se vende por el oro, se compra con la prostitución... Allí, á nuestros ojos, está ese caos social, que como el del Génesis, no contiene formas determinadas, no produce sonidos entonados, ni lanza destellos luminosos, pero que como el caos, conserva en sí mismo algo de todas las cosas, y en el cual se hará la luz alguna vez, cuando en fuerza de verter las generaciones humanas su sangre fertilizante y sus ideas regeneradoras, brote la semilla fructífera del amor fraternal y luzca sin sombras el cielo de la vida el sol de la razón...

Así han huido rápidas las horas de vuestra velada, *En el campo*. El reloj de la casa da las diez, ni un instante más habreis de prolongar vuestra noche, si quereis que la luz del amanecer os encuentre prestas al trabajo, al deber, á la vida, y á por qué no? á la lucha. Sí; quereis que esa existencia es un vivir monótono, continuado, igual, sin alternativa ni desviaciones, sin horas de desaliento, sin instante de triunfo, sin sombras de terror, sin momentos de fé, sin nada, en una palabra, que agigante la esfera de nuestra vitalidad? Pues no; entre la calma de esa naturaleza, infinita en sus trasformaciones y eterna en sus fines, en medio de sus campos donde el eco no repercute más que armonías, donde los ojos no ven más que belleza; en medio de la tranquila, apacible y retirada existencia de un hogar, sin vanidades, lisonjas ni placeres sociales, se desenvuelve, trágicamente conmovedora, la lucha con el íntimo sér; esa lucha cuyo escenario es la conciencia, cuyos actores son las ideas, cuya decoración abarca todos los horizontes de las ciencias y de las artes, y cuyo público, mucho más imperioso que el social, le forman los principios religiosos, las convicciones del pensamiento, los movimientos de la carne, las aberraciones de los sentidos, y el cumplimiento de nuestros deberes libremente aceptados. Y en esa tragedia no hay esperanzas de gloria; y en esa lucha no hay límites prefijados, y puede extenderse indefinidamente hasta el postrer suspiro vital; y cada hora que pase puede darnos una victoria, ó lográrnos una derrota, y cada momento puede estenuarnos con la sensual indiferencia escéptica, ó con la mística-romántica idolatría. Ved ahí esos días que acaso creísteis reflejo de las églogas de Virgilio convertidos en períodos de titánico combate en favor de la razón, y sus secuaces la virtud y la belleza únicos fines de los cuales debe ser campeón la inteligencia.

ROSARIO DE ACUÑA.